

vador, destructor de viejos moldes y constructor de tiempos nuevos. En Ingenieros el hombre y la obra están de acuerdo. Los que la han leído le conocen. En las páginas de sus libros dejó sus mejores años, sus mejores anhelos. Sus libros han orientado el pensamiento de las nuevas generaciones, pues, sin que este sea una crítica o un elogio pagado, los libros de Ingenieros tienen la virtud de despertar en sus lectores un sentimiento de investigación, una curiosidad científica, una necesidad de saber más allá de la fe ciega que no sabe nada. Dejo para otra ocasión un ligero estudio sobre su obra y algunas olvidadas notas de lo que además de lo escrito le oí decir y le ví hacer.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

París, 1925.

(De *El Imparcial*, Guatemala).

*El 26 de setiembre pasado, las redacciones de Nosotros, Sagitario y Renovación, agasajaron con una comida en el restaurant MARTÍN a José Ingenieros, que por entonces regresaba a Buenos Aires de su viaje a Francia y a México.*

Mesa de amigos tendida para agasajar al hombre menos solemne y protocolar del mundo, hubo en ella la llaneza y cordialidad más simpáticas. Los comensales fueron más de ochenta, y representativos de los más diversos sectores de la opinión.

*Ofreció la demostración en nombre de Nosotros, nuestro admirado amigo Roberto F. Giusti, con estas palabras sencillas:*

Los amigos de *Nosotros* me han recordado mi deber de hablar en esta comida, y lo cumplo con verdadero placer, sintiéndome honrado con la designación. Sobre todo que voy a pura ganancia: como amigo de José Ingenieros me doy la satisfacción de poderle decir, con esa franqueza que permite la cordialidad de estas horas, las muchas cosas buenas que de él pienso y que en la intimidad, por discreción o timidez, callo; y como orador, no estoy obligado a intentar exceder mis débiles fuerzas, al contrario, si pretendiera hacerlo, Ingenieros no me lo agradecería, pues siempre ha desdeñado, teóricamente y en la práctica, que se convirtiese la mesa del banquete en tribuna, y el brindis en panegírico.

De no ser así, no hubiera aceptado tanta responsabilidad, porque confieso que no me sería fácil decir ni en pocas ni en muchas palabras, cuanto debe decirse de nuestro amigo: qué es, cuál es su obra, qué le debemos. Otros, en su caso, — ¡oh sin duda con menos merecimientos! — no excusarían en mis labios el vocablo *ilustre*; él, modesto

y escéptico, ciertamente prefiere que a ellos no asome el alto calificativo que un entero continente une a su nombre.

Si hablara del hombre de ciencia y del pensador, estaría obligado a hacerlo detenidamente de numerosas obras, no pocas medulares, que han dado autoridad a la Argentina, en Europa y en América, en el campo de la psicología normal y patológica, de la criminología, de la sociología y de la historia. Si hablara del espíritu generoso a quien nunca dejaron indiferente los anhelos de liberación de la humanidad de todo prejuicio y toda servidumbre moral y material, estaría obligado a hacerlos la historia del progreso de las ideas en la Argentina y en el mundo en este cuarto de siglo, debería examinar nuestro movimiento socialista, las vastas acciones de emancipación humana de que hemos sido y somos testigos, los ideales democráticos americanos que van definiéndose en el seno de la vieja civilización latina, aunque contraponiéndose a sus formas caducas, pues de todos ellos ha sido Ingenieros obrero y vocero prestigioso y coherente por encima de las que pudieran parecer contradicciones.

No; yo sólo he de hablar del hombre y del amigo. Del hombre, uno de esos escépticos y burlones que suelen darse en nuestros tiempos fluctuantes y contradictorios, capaces sin embargo de someterse desinteresadamente a cualquier prueba, de jugarse enteros por un ideal; si ambiciosos, no de otra cosa sino de que el mundo, por su esfuerzo esclarezca sus ideas y se eleve moralmente. Del amigo, uno de los mejores, de los poquísimos que he conocido, siempre pronto y dispuesto a aconsejar, a estimular, a ayudar. Quienes lo tratan y lo quieren, saben que podrán chocar con él una y mil veces, pero que nunca se le encontrarán enfrente (ni nadie, ni aun sus enemigos), rencoroso, envidioso, amargado. Su casa, su mano, su corazón, están abiertos a cuantos a él se acercan sin injustificados recelos.

Por todo ello, *Nosotros* se ha asociado cordialmente a esta demostración, cuya razón y significado los declaran la magnitud de la misma y la calidad de los asistentes. A sus directores nos regocija agasajar al amigo que vuelve de México, donde se le ha hecho justicia acaso con más plenitud que en su patria; y como representantes de una revista de cultura nos es grato honrar al claro talento, al prosista medido y elegante, al hombre de ciencia, al historiador de las ideas argentinas, al infatigable editor, para el pueblo, de nuestros pensadores y escritores, y al animoso defensor de todo noble ideal en días que a la caza del peso, del poder, del prestigio y de la efímera reputación se pospone cualquier otro sentimiento y propósito.

(*Nosotros*, Buenos Aires).

**A l f a r**

*Mensuario*

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

## Luna nueva de Enero

Luna nueva de Enero  
que apenas roza el valle.

Un silencio la noche  
transparente, suave.  
El viento, como un pájaro,  
se ha dormido en los árboles.

En tus ojos, amada,  
pienso, y no ha de saberlo  
nunca nadie.

## Junto al río sonoro

Junto al río sonoro,  
—río que yo cantara—  
tu cabecita de oro  
hace nido en mi cara.

Hablas.—Si me dejara  
llevar por la corriente  
¿hasta dónde llegara?  
Y te digo sonriente:

A una playa lejana  
sin brisa marinera,  
sin noche ni mañana.

Y en las arenas grises  
corre el agua ligera  
mirándonos felices.

## Adiós a la montaña

Adiós cantar de la vertiente.  
Oros quemados del trigal,  
vaquera rubia adolescente,  
el peregrino a caminar!

Adiós espinos de los cerros.  
Adiós sonoro pedregal.  
A la ciudad de humos y hierros  
voy con mi verso de cristal.

(Un caminito hice en la selva  
aminando al atardecer.  
Con los años acaso vuelva...  
Haz que lo pueda conocer!)

Adiós mañana montañesa  
de neblina vaga y sutil.  
Adiós rebaño. Adiós pureza  
de la alegría pastoril.

Adiós mujer de la montaña.  
Adiós labriego montañés.  
Quieto refugio en la cabaña,  
este es adiós de última vez!

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS

Santiago, Chile.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.